

PABLO GONZALEZ RODAS

HUASIPUNGO, UNA NOVELA ECUATORIANA

I. DEL INDIANISMO AL INDIGENISMO

La posición del indio y su valoración dentro del plano social en Hispanoamérica ha tenido muy distintos y variados matices. Se ha visto a los indios como elementos exóticos, como seres irrationales, como una raza inferior e incivilizable o bien, se les ha ensalzado y exagerado sus virtudes.

La historia y el desarrollo del indio se hacen complejos desde el período del descubrimiento de América. Cristóbal Colón en sus relaciones o cartas, los ve en forma objetiva y como algo realmente nuevo; Hernán Cortés en sus **Cartas** habla del valor de los naturales y de su organización social y cultural, pese a que pocos años después los destruyera; Fray Bartolomé de las Casas en su **Brevísima narración de la destrucción de las Indias** y en **La Historia de las Indias**, toma una actitud en favor de los naturales, quienes son: "gentes mansuetísimas, humildísimas, inermes y sin armas, simplísimas, y sobre todas las que de hombres nacieron sufridas y pacientes". (1)

Más tarde, en la época de la conquista, se les combate y destruye en caso de no aceptar la nueva corriente civilizadora.

En **La araucana**, Alonso de Ercilla nos dice del valor de los indios, de sus cualidades y de su organización social; denuncia la expropiación de los bienes por parte de los conquistadores, en versos como los siguientes:

Codicia fue ocasión de tanta guerra
y perdición total de aquesta tierra
Esta fue quien halló los apartados
indios de las antártidas regiones,
por ésta era, sin orden trabajados
con dura imposición y vejaciones. (2)

Encilla, tal como anota Concha Meléndez en su obra **La novela indiana en hispanoamérica**, apunta dos elementos característicos en las obras posteriores de tema indigena: a) la queja social y b) el dramatismo intensificado mediante un fenómeno natural, como la descripción de la tormenta en el canto noveno.

A comienzos del siglo XVII aparecen ya los escritores nativos y en 1608 Garcilaso de la Vega, el Inca, escribe los **Comentarios reales**, donde expresa su amor y admiración por su raza y se lamenta de su destrucción. Vemos ya una evocación nostálgica que sería tema en las obras indigenistas, y en especial, en las indianistas.

El libro de Garcilaso fue mandado a recoger en el siglo XVIII por el Consejo de Indias, "porque en él aprendían los naturales muchas cosas inconvenientes". (3)

Durante el siglo XVIII la literatura indianista es muy escasa y de poca importancia, excepción hecha de **El Ollantay**, drama escrito en quechua en 1786 y que también fue recogido por haber provocado el alzamiento de Condorcanqui, conocido como Túpac Amaru II.

Hemos de esperar hasta el advenimiento del romanticismo para que surja la literatura verdaderamente indianista cuando "los escritores volvieron los ojos al manantial poético de la inocencia y de los dolores de los pueblos indígenas y este orden de motivos concordaba con la posición de autonomía que era el carácter de aquel tiempo". (4)

De la novela indianista podríamos fijar como características propias la exaltación de la raza indígena, lo exótico de sus costumbres y su evocación nostálgica; un ejemplo sería la novela de Juan León Méndez, **Cumandá**, escrita en 1871.

Cuando se pasa de la exaltación y evocación de lo indígena al sentimiento de reivindicación social, se llega a la novela indigenista, esencialmente de protesta; es el paso del S. XIX al S. XX. A este grupo pertenecen, entre otras, las siguientes novelas: **Raza de bronce**, 1919, del boliviano Alcides Arguedas; **El mundo es ancho y ajeno**, de Ciro Alegria; **Los de abajo**, 1916, de Mariano Azuela; y en especial la producción cuentística y novelística de Jorge Icaza, cuya novela **Huasipungo**, 1934, denuncia el estado social del indio, víctima de una clase dirigente, y aboga por su viñdicación.

II. JORGE ICAZA: EL ESCRITOR

Aunque Icaza empezó estudios universitarios en Medicina, optó más tarde por la labor literaria en la que ha alcanzado indiscutibles méritos.

Una de sus primeras obras es **Barro de la Sierra**, 1933, colección de cuentos en los que hallamos constantes que veremos en obras pos-

teriores, tal como la trilogía de explotadores del indio, integrada por el cura, el teniente político y el latifundista; observamos también en esta colección de cuentos el despojo del indio, su realidad infrahumana y el aislamiento de éste en su aparente indiferencia.

La revelación literaria de Icaza y su consagración dentro de las letras hispanoamericanas es, sin duda alguna, su novela **Huasipungo**, la más difundida aunque no la mejor de su producción.

III. HUASIPUNGO

Se publica por la Imprenta Nacional, en Quito, 1934. En pocas palabras su argumento es el siguiente:

El latifundista don Alfonso Pereira se traslada de la ciudad al campo para hacer unas mejoras en su hacienda con el fin de establecer un aserradero en sociedad con una firma extranjera. Debe construir una carretera que permita el transporte de la hacienda a la ciudad, para lo cual se vale de la ayuda del teniente político y el cura, quienes, a base de amenazas y latigazos, organizan concentraciones masivas de indios para la feliz culminación de la obra, la cual se logra a base de vejaciones y explotación inmisericorde del elemento nativo. Alrededor de este eje central, el autor presenta la situación económica y social del indio, víctima de una sociedad hipócrita y explotadora.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

IV. FORMA O ASPECTO EXTERNO DE LA NOVELA

Huasipungo es una novela de regular extensión, en donde no tenemos una división en capítulos ni un desarrollo lineal en el que a una exposición previa siga un nudo o trama y termine en un esperado desenlace. Esta novela está escrita como una obra de una sola pieza, como un todo desgarrador y doliente que el escritor nos descubre de un solo tiraje. Es como un gran fresco indivisible, en el que vemos una raza vejada y explotada por una minoría hipócrita. Es un largo y fuerte latigazo con el que se pretende aniquilar un pueblo de trayectoria noble y milenaria. Es una nube roja y espesa de odio y de injusticia que trata de opacar la luminosidad de un pueblo con horizontes ilimites. Icaza nos describe ese momento aciago y sus frases se atropellan para expresar el dolor y el sufrimiento del indio:

"No era el hambre de los rebeldes que se dejan morir. Era el hambre de los esclavos que se dejan matar saboreando la amargura de la impotencia. No era el hambre de los desocupa-

dos. Era el hambre que maldice en el trabajo agotador. No era el hambre con buenas perspectivas futuras del avaro. Era el hambre generosa para engordar los trojes de la sierra. Sí. Hambre que rasgaba obstinadamente un aire como de queja y llanto en los costillares de los niños y de los perros. Hambre que trataba de curarse con el hurnito, con la mendicidad y con la prostitución. Hambre que exhibía a diario grandes y pequeños cuadros de sórdidos colores y rostros de pálidez bárbara, criminal.

Hambre en las tripas, en el estómago, en el corazón, en la garganta, en los labios, en los ojos, en los dedos". (P. 142).

V. EL LENGUAJE

Este aspecto es uno de los más intrincados para el escritor que busque reflejar en sus páginas una realidad de un grupo social. Creo que Jorge Icaza supo salvar dicho obstáculo al permitir que en sus páginas cada personaje se expresara de acuerdo con su nivel cultural.

Don Alfonso al hablar con el cura usa un lenguaje castizo y un tanto amípoloso y adulador, en cuyas palabras se reflejan sus sentimientos hipócritas y calculadores: "si así fueran todos los sacerdotes el mundo sería un paraíso", a lo que contesta el cura: "Su generosidad y energía hacen de él un hombre bueno. Dios ha tocado en secreto su corazón" (p. 30).

El teniente político, merced a su trato con los patronos y demás autoridades, logra expresarse en forma popular sin mayores errores de dicción; "Nadie. Nadie como yo. Yo, Jacinto Quintana... y como el tuerto Rodríguez, carajo... Para conocer y dominar a Iátiigo, a garrote, a bala, la sinvergüenzonería y la vagancia de los indios". (P. 28).

El mayordomo Pollicarpio, cuando se expresa, lo hace más en latigazos que con palabras, y cuando habla, lo hace en forma humillante y despectiva: "Bien hecho, carajo. Por shuguas. Por pendejos. Por animales. Acaso no sé? Comerse la montecina que el patrón mandó a enterrar. Castigo de taita Díos". (P. 160).

El indio usa un vocabulario, una entonación al hablar y una estructura gramatical bien adecuadas a su primitivismo, a su sencillez y a su miseria: al escucharlo, sus frases nos parecen más lamentos que aseveraciones. Abundan palabras ricas en sibilantes y nasales, y en especial, voces en las que se debilitan la **a** u **o** en **u**, que dan un tono de dolor, de queja y de lamento. El diminutivo tan frecuente y el uso del gerundio, expresan su impotencia.

Mamiticu!
Boniticu!

Shunguiticu!
 Con quién he de calinar, pes?
 Con quién he de trabajar, pes?
 Ayayay, Taitiquitu!
 —Cadáver de cristiana con cadáver de animal (P. 127).
 Ahura si, pes. Guanuata cosechará el patroncitu.
 Ha de dar buenus socorritus para el pobre natural.
 Sin tener nada pes, cun llu de la creciente.
 Sin imaciitico.
 Sin papitas.
 Sin nada, pes.
 Como perru sin dueñu.
 Comu terrum pelado de camiñu.
 Muriendu de necesidad. (P. 131).

Podriamos anotar que, en cuanto al modo de expresión usado por el indio, la novela resulta, en parte, de difícil comprensión por parte del lector extranjero, pero el autor ha querido ser fiel a la realidad que describe, lo cual logra, sin pecar por exceso ya que no aparecen demasiados indigentismos sino deformación típica y constante de palabras bajo pequeñas alteraciones con las que nos familiarizamos fácilmente después de las primeras páginas. Cuando el escritor quiere hacer sentir su presencia dentro de la obra, entreverá en las descripciones frases, a menudo, de alta expresión poética:

ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

“El ferrocarril del sur— tren de vía angosta, penacho de humo nauseabundo, lluvia de chispas de fuego, pito de queja lastimera, cansada” (P. 14).

“Más allá, en la calle misma, unos perros esqueléticos —el acordeón de sus costillares semidesplegados—, se disputaban un hueso de mortecina que debe haber rodado por todo el pueblo.

Cerca de la plaza, un olor a leña tierna de eucalipto y boñiga seca —aliento de animal enfermo e indefenso— que despedían las sórdidas viviendas distribuidas en dos hileras— podrida escasa y desigual dentadura de vieja bruja” (P. 121).

“El sol había caído y la tarde maduraba hacia la noche entre algodones de neblina” (P. 170).

VI. EL CONTENIDO DE HUASIPUNGO

Si nos adentramos en el aspecto interno de esta novela, vemos en ella cierta unidad en el tema con características definidas.

Primeramente el lugar en el que se desarrollan los hechos está bien delimitado: la hacienda Cuchitambo primordialmente, y el pue-

blo de Tomachi. Leemos en las primeras páginas que el principal motivo del viaje de la familia Pereira de la ciudad al campo es el de que su hija ha sido deshonrada por un cholo, y se supone, como en realidad sucede, que el alumbramiento se ha de efectuar en la hacienda para salvar "el honor" de la familia dentro de una sociedad de falsas apariencias. En pocas líneas el autor logra una buena aunque rápida visión de la vida en la ciudad.

Observamos en primer lugar la vida muérdige del latifundista Julio Pereira, tío de don Alfonso, quien tiene un automóvil tan costoso como una casa y su despacho particular es "un gabinete con puerta de cristales escarchados, con enorme escritorio abarrotado por papeles y legajos, con ficheros de color verde aceituna, con amplios divanes para degollar cómodamente a las víctimas de los múltiples tratos y contratos de la habilidad latifundista, con enorme óleo del Corazón de Jesús" (P. 9).

En la ciudad también reside el explotador foráneo, Mr. Chapy: "Gerente de la explotación de la madera en el Ecuador. Un caballero de grandes recursos, de extraordinarias posibilidades, de millonarias conexiones en el extranjero. Un gringo de esos que mueven el mundo con un dedo" (P. 10).

Las damas, con mucha nostalgia de abandonar la ciudad, emprenden el viaje vestidas lujosamente: "cintura de avispa, encajes alechugados, velos sobre la cara, amplias faldas, botas de cordón (...) y con "un mal humor, que en los viajes a caballo se siente subir desde las nalgas" (P. 14).

En el camino doña Blanca Chanique de Pereira echa de menos "sus pieles, sus anillos, sus collares, sus encajes, su generosidad, su cuerpo de inquietas y amorosas urgencias a pesar de los años" (P. 18).

A medida que la caravana se aleja de la ciudad y se adentra en el campo, va apareciendo el indio. Sabemos que estos sólo cuentan como elementos de trabajo y a quienes, desde un comienzo, se les quiere despojar de lo único que aman: el huasipungo.

El huasipungo es una choza miserable; un rancho en la parte más árida de la hacienda y cuyos terrenos aledaños cultivan merced a sus obligaciones contraídas para el patrón. Este tiene dominio absoluto sobre el indio y sabe muy bien que puede exigir cualquier cosa bajo la amenaza de despojamiento.

El autor pone en boca de don Julio:

"Los indios se aferran con amor ciego y morboso a ese pedazo de tierra que se les presta por el trabajo que dan a la hacienda. Es más, en medio de su ignorancia, lo creen de su propiedad. Usted sabe. Allí llevan la choza, hacen sus pequeños cultivos, crían a sus animales" (P. 12).

Por lo anterior nos damos cuenta que toda propiedad rural se compra o se vende con los peones. Estos, los indios, son considerados como bestias de carga y así, ante la imposibilidad de continuar a caballo el ascenso del páramo, los indios han de llevar a sus amos sobre sus espaldas, y mientras la marcha prosigue don Alfonso piensa en sus antepasados, quienes marcaban a los runas en la frente o en el pecho con un hierro al rojo como a las reyes de la hacienda para que no se extraviaran.

Debido a un mal movimiento del patrón el indio da un traspie y cae pero "don Alfonso no cayó. Se sostuvo milagrosamente aferrándose con las rodillas y hundiendo las espuelas en el cuerpo del hombre" (P. 18).

Mientras las aspiraciones inmediatas del indio son las de llegar pronto al huasipungo y que sus amos al llegar no impongan órdenes dolorosas o imposibles de cumplir, las damas van pensando en su regalada vida social en Quito.

Icaza gusta de hacer oposiciones, contrastes, y por medio de ellos, nos da a conocer el estado de humillación del indio. Al llegar al misérable pueblo de Tomachi, una sola calle de sordidas viviendas, hace resaltar la riqueza y el lujo de la iglesia, en donde:

"Lo vestusto y arrugado de la fachada contrasta con el oro del altar mayor y de las joyas, adornos y vestidos de la virgen de la Cuchara, patrona del pueblo, a los pies de la cual indios y chagras, acocinados por ancestrales temores y por duras experiencias de la realidad, se han desprendido diariamente de sus ahorros para que la santísima y milagrosa se compre y luzca atavíos de etiqueta celestial.

Del curalto —única casa de techo de teja— luciendo parte de las joyas que la Virgen de la Cuchara tiene la bondad de prestarte, sale en ese instante la concubina del señor cura —pomposos senos y caderas, receloso mirar, gruesas facciones— alias "la sobrina" —equipaje que trajo el santo sacerdote desde la capital" (P. 23).

A nadie escapa la mordacidad, la ironía y la eficacia de párrafos como el anterior, que en pocas líneas descorren el ampuloso telón de los explotadores para enseñarnos el triste escenario de los explotados y humillados como villes animales.

Al finalizar el arduo viaje el indio se dirige a su huasipungo en donde da salida y rienda suelta a todo su rencor e impotencia reprimidos, castigando a su esposa.

Sus reacciones son casi primitivas; la estropaea y la castiga para luego saciarla en ella sexualmente.

"En nudo de ternura salvaje rodaron hasta muy cerca del fogón, y sintiéndose —como de costumbre en esos momentos— amparados el uno en el otro, lejos —narcotizante olvido— de cuenta injusticia, de cuanta humillación y cuanto sacrificio quedaba más allá de la choza, se diumplieron al abrigo de sus propios cuerpos, del poncho empapado, de la furia de los piojos" (P. 27).

Páginas más adelante Icaza presenta otra figura de importancia en la trilogía de explotadores: el teniente político. Cholo bien vestido, poseedor de cierto capital y casa propia, todo merced a las multas e impuestos que caían a la tenencia política. Es maestro en el manejo del látigo, del garrote y del revólver, cuando castiga a los indios.

"Al cholo de tan altos quillates de teniente político, de canínero y de capataz, se podía recomendar también como buen cristiano —oía misa entera los domingos, creía en los sermones del señor cura y en los milagros de los santos—, como buen esposo —dos hijos en la chola Juana, ninguna concubina de asiento en el cholero, apaciguaba sus diabólicos deseos con las indias que lograba atropellar por las cunetas—, y como sucio se mudaba cada mes ropa interior y los pies le olían a cuero podrido" (P. 28).

Más que una sarcástica descripción es la anterior una caricatura de un personaje no muy lejana de las de Quevedo o Valle Inclán. La trilogía la completa el cura, quien comparte con el latifundista una amistad y una confianza sin límites. Es un cura, no un pastor de almas si no un explotador de runas, con los que se enriquece.

"Bueno. Son más de quinientos. Más de quinientos a los cuales, gracias a mi paciencia, a mi fe, a mis consejos y a mis amenazas, he logrado hacerles entrar por el camino del Señor. Ahora se hallan listos a... —iba a decir: "a la venta", pero le pareció muy duro el término y, luego de una pequeña vacilación, continuó—... al trabajo. Ve usted. Los longos le salen baratísimos, casi regalados" (P. 31).

Pocas semanas después se iniciaría la construcción del camino carrozable para lo cual el latifundista contaba con la ayuda del cura y del teniente político, quienes a base de borracheras en conjunto decidieron organizar mingas, esto es, trabajo colectivo gratuito merced a un matiz patriótico y religioso que lleva a los indios a tumbar la selva y a secar los pantanos. Las mingas empezaron con una misa campal, para la cual, el sotanudo nombró, sin previa consulta —priestes extraídos de la chalera, quienes obligatoriamente han de ser muy generosos en sus limosnas en agradecimiento a tan alto honor. Mientras estos preparativos se accordaban en la tienda de Jacinto y Juana, don

Alfonso maliciosamente envía a Jacinto por licor a su hacienda con el fin de saciarlo en Juana.

"En cuanto se desocupó el latifundista entró el cura. También a él —ministro de Taita Dios— nunca pudo la mujer dell teniente político negarle nada. A Juana le gustaba ese misterioso olorcito de sacristía que en los momentos más íntimos despedía el tonsurado. Y aquella noche con picardía y rubor excitantes, al ser acariciada y requerida, ella objetó:

Jesús. Me han creído pillo de agua bendita!

—Si... Si, bonita... alcanzó a murmurar el fraile aturrido por el alcohol y el deseo. Cuando los ilustres jinetes le abandonaron, Juana probó a levantarse sin muchos remordimientos— quizás pecado con patrón y con cura no era pecado" (P. 77).

En medio de su borrachera de lo único que el patrón permanece consciente es del dominio sobre los indios a través de los cuales proyecta sus anhelos económicos.

"Puedo... Puedo exprimir a la tierra, es mía... A los indios... son míos... A los chagras... Bueno... No son míos pero hacen lo que les digo, carajo" (P. 78).

Su poder se ejerce a través de sus secuaces e inmediatos servidores en la hacienda, ya que no tiene el valor para enfrentarse a un indio e imponerle una orden; para ello están el mayordomo y el capataz.

El mayordomo, es un hombre de doble faz finge a los indios ser su abogado ante el patrón, y tenerlos así de su parte, y ante el patrón muestra un servilismo exagerado. Es Policarpo, quien se encarga de arrear indias paridas, quienes previo abandono de sus críos "larvas que tratan de levantarse desde la tierra con recelosa queja", deben amamantar a la criatura recién nacida de la tripa del patrón.

Policarpo sabe amenazar con lo más querido por los indios: "Si no obedeces te jodes. El patrón te saca a patadas dell huasipungo" (P. 41).

El capataz, el tuerto Rodríguez, siempre lleva en su mano el acical; es un "chagra picado de viruela, cara de gruesas y prietas facciones, mirar desafiante con su único ojo que se abría y se clavaba destilando cinismo atelado y retador al responder e interrogar a las gentes humildes" (P. 40).

Sabe curar las enfermedades de los runas azotándoles ante un tronco inmisericordemente.

Latifundista, Cura y Teniente político se ensañan en el indio, al cual subyugan y pisotean hasta matarle y luego abandonarle cual pe-

lelle. Icaza los desenmascara y nos expone sus rostros fariseos para que nos percatemos de sus maldades. Son sanguinarios, ambiciosos, pasionales, hipócritas, calculadores y en ellos todos los vicios de una sociedad pútrida se encarnan.

VIII. LA TRAGEDIA DEL INDIO

Hemos visto que el indio sólo cuenta como un elemento de trabajo y su vida transcurre en una forma primitiva en la que hay ausencia de ideales. El indio, pocas aspiraciones tiene, porque sabe que serán simples quimeras; con tener su huasiipungo y algo para comer, vive si no satisfecho al menos resignado. Se viste con harapos, no usa calzado y sus pies muestran "los talones partidos, plantas callosas, dedos hinchados" (P. 15).

Su aspecto físico es afeado por su desasosiego y mientras duermen "semejan fardos cubiertos por un poncho, donde los piojos, las pulgas y hasta las garrapatas lograban hartarse de su sangre" (P. 45).

Ser indio es el mayor delito dentro de este cuadro social. Su vida es una conformidad amarga, reprimida, casi eterna. Nada pueden exigir, con nada pueden soñar y nunca se está seguro ni del hogar ni del huasiipungo. Sus deseos de venganza reprimidos encuentran expresión contra los que más ama o contra la misma naturaleza en sus labores de tala de bosques.

El patrón dispone de todo lo suyo, hasta de su esposa e hijos. La india al ser violada por el patrón "debía frenar la amargura que se le hinchaba en el pecho, debía tragar las lágrimas que se le escuadrían por la nariz". Al desocuparse el patrón y buscar a tienditas la puerta dice cínicamente: "—Son unas bestias. No lo hacen gozar a uno como es debido. Se quedan como vacas. Está visto . . . Es una raza inferior" (P. 63).

Entretanto el indio debe estar trabajando jornadas de 12 y más horas para enriquecer las arcas del latifundista y si el ganado daña los sembrados, el valor de dichos daños pasan al débito del indio.

Si tuviera al menos un consuelo espiritual en el cura del pueblo, pero ni siquiera esto tiene porque es otro explotador sagaz, quien da indulgencias si se esclavizan o maldiciones si se rebelan.

Para que trabajen en la construcción de la carretera se "les promete" 100.000 días de indulgencia por cada metro que avance la obra y se da un poco de guarapo para embrutecerlos, de aquél guarapo especial hecho por Juana: "buena dosis de agua, dulce prieto, y orinas, carne podrida y zapatos viejos del marido para la rápida fermentación del brebaje" (P. 102).

Al terminar la construcción a base de indios sacrificados en la desecación y drenaje de los pantanos, el cura organizó una misa nombrando como uno de los priostes a Tancredo Gualacoto a quien se le imponen 100 suores de llimosnas; apenas reunió 70 suores previa venta de su vaquita y gallinas, se dirigió al cura para solicitarle una rebaja por los 30 suores restantes; este santo pastor le responde:

"Peiro para venerar a la Santísima Virgen te haces el tonto. Por miseriales cien suores has caído en pecado. Dios es testigo de tu tacañería. El... El nos está viendo. Cuando te mueras te cobrará bien cobrado (...) Nada de peros. Al infierno, a la paila mayor" y en su teatral monólogo, con la ayuda casual de un trueno exclama; "No. Que no llueva fuego sobre este indio infeliz, sobre este indio maldito, sobre este indio bruto que se atrevió a dudar de Vos, a dudar de tu Santísima Madre, a dudar de mí" (p.p. 122-123").

Gualacoto pagó con su muerte a manos de otros indios su "tacañería" para con Taíta Diós; entre tanto el cura cobra fama de su don profético y los indios "acoquinados por aquell temor se arrodillaban a los pies del fraile, soltaban la plata y le besaban humildemente las manos y la sotana. Las fiestas, las misas y los responisos le dejaron al señor cura las suficientes utilidades para comprarse un camión de transporte de carga y un autobús para pasajeros" (P. 130).

Llegaría la cosecha, en ese año abundante, el patrón movido por su avaricia niega a los indios las tradicionales regalías o sobrantes de la última recolección; éstos son presas del hambre, de esa "hambre animal que ladraba en el estómago" (p. 136). Los indios movidos por sus estómagos vacíos parecen gemir en vez de clamar: "Socorru de maiciticu para tostadu. Socorru de cebadita para mazamurra. Socorru de papitas para fiesta" (P. 138).

A tan urgente petición el mayordomo suelta los perros bravos, los que en compañía de aciales más bravos todavía, logran dispersar a la multitud.

Los indios desesperados han de recurrir al robo, si robo puede ser el desenterrar en el frío de la noche una vaca ya mortecina cuya carne ha de producir la muerte de la esposa de Andrés y la enfermedad de la indiada. "Para los demás —cholos... caballeros, patrones—, los dolores de los indios son dolores de mofa, de desprecio y de asco" (P. 157).

Después del velorio, Andrés debe hacer los arreglos con el cura para el sepelio de su esposa. Este lo lleva al cementerio, su llanifundio, especie de sementera de tumbas, el cual tiene clasificado codiciosamente:

"Los que se entierran aquí en las primeras filas, como están más cerca del altar mayor, más cerca de las oraciones y desde luego más cerca de Nuestro Señor Sacramento —el fraile se sacó el bonete con mecánico movimiento e hizo una mística reverencia de caída de ojos—, son los que van más pronta al cielo, son los que generalmente se salvan. Bueno. ¡De aquí al cielo no hay más que un pasito!" (P. 165).

Luego avanza unos pasos y le muestra unas cruces sin pintar en donde se entierran a los chollos e indios pobres quienes apenas reciben las oraciones que sobran a los de las primeras hiladas y luego han de purificarse con penas más terribles que las infernales; por último, para cerrar el negocio le muestra, ante la supuesta presencia de un olor fétido y azufrado, el lugar donde se entierran a los reprobos: El infierno. Termina diciendo: "Es natural que las oraciones que no necesiten los de la primera fila aprovechen los de la segunda. Pero a la tercera no llega nada. No tiene que llegar nada. Qué son 35 sucesos en comparación de la vida eterna? ¡Una miseria!".

Ante la negativa del cura en fiar el valor de las ceremonias, Andrés se ve forzado a robar una res de la hacienda, que pagaría más tarde con una flagelación inmisericorde.

En ninguna obra literaria hispanoamericana encontramos páginas más mordaces y de más humor negro que las de Icaza sobre el clero que ha perdido su misión espiritual y ha optado por ser latifundista de indios, y quien usa de los evangélicos a su manera sin otro fin que su enriquecimiento material.

Pero algún paso en falso habría de darse en la actitud codiciosa de estos latifundistas. El patrón ordena limpiar las laderas de huasipungos, y los indios, despojados, reunidos bajo no sé qué fuerzas extrañas y legendarias, llevan a Andrés a dar el grito ancestral y conmovedor: **NUCAANCHIC HUASIPUNGO**.

Como respuesta atacan en bandada, en estampida incontenible; incendian la casa, matan capataz y mayordomo, y buscan al patrón quien ya había huido a la ciudad. Desde allí la autoridad gubernativa envió soldados cuyas balas masacraron a los indios en desigual combate de bayonetas y fusiles contra piedras, e izan impunemente la bandera patria sobre miles de sacrificados.

VIII. VALOR ÉTICO DE LA OBRA

Jorge Icaza, con esta novela ha dado un golpe certero en pro de la vindicación del indio; **Huasipungo** tiene todo el calor de un grito emancipador; un grito sonoro que ha despertado a la somnolienta

América. Icaza, al mostrar tan desgarrador cuadro de miseria, de dolor y de desesperanza, ha logrado concentrar todos los ojos en lo más alto de las montañas andinas para que veamos como una trilogía execrable —cura, terrateniente y teniente político— se han confabulado para succionar en forma insaciable la capacidad del indio.

Aquí no estamos ante una evación artística del escritor sino que encontramos la renuncia a lo bello de la literatura en favor de lo humano y doloroso de la tragedia indígena. Aquí la sangre derramada por los indios es roja, su grito fastidioso, su hambre devoradora, su queja ululante como los vientos de la sierra, su desesperación sin remedio y su impotencia, trágica.

En este gran cuadro de la miseria y el dolor humanos y en este sonoro grito de denuncia, encontramos el valor ético de la novela. Es la denuncia contra el blanco que considera inferior al indio, quizás de mayores capacidades. Es la denuncia contra una clase social explotadora; es la denuncia contra una sociedad de bases falsas y rumbos equivocados.

IX. VALOR ESTÉTICO DE HUASIPUNGO

Quizás este aspecto de la novela sea el más discutido y el más discutible, ya que algunos críticos le niegan todo valor literario. Alberto Zum Felde dice:

ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN INTEGRAL

"Huasipungo como novela, es decir, como recreación estética representativa de una realidad, su elaboración es casi primaria; carece de caracteres, de conflicto moral, de todo proceso argumental interno. Es, en sustancia y forma, una simple y escueta crónica de hechos públicos de carácter puramente objetivo (...) Sus personajes son entes demasiado simples, esquematizados en su papel, para alcanzar personalidad viviente por sí mismos. Son meras piezas de juego del acaecer (...) es un documento revolucionario en forma novelada. Sin embargo, no es obra de tesis por cuanto no hay en ella demostración explícita ni discurso del autor o de algún personaje". (5)

Fernando Alegria dice que **Huasipungo** es "una interminable y exagerada selección de horrores" (6), con valor de documento social.

Luis Alberto Sánchez afirma que "Icaza pinta con espantoso realismo la vida del peón y la limpia forma en que lo somete el blanco" (7).

Distinta a las anteriores críticas, Ferrández Alborz, el panegirista de Icaza, le concede a la obra toda clase de valores y ve en **Huasipungo** "la tragedia del indio ecuatoriano (...) tratada por primera

vez como una realidad artística en relación con una realidad social"—y encuentra en ella— "prosa de contenido bíblico"— que constituye "el más grande de los testimonios literarios de nuestro tiempo sobre la más grande ignominia de los siglos". (8)

Nosotros preferimos un término medio entre el vituperio injusto y la alabanza ciega. *Huasipungo* tiene sus cualidades y sus defectos como obra artística y humana.

Entre las primeras vemos:

- a) Un valor ético ya anotado.
- b) La sinceridad en el relato: Icaza no encubre al indio en una beatitud excelsa; al contrario, nos lo presenta tal como es: sucio, despreocupado, sumiso, gustador del alcohol y carente de nobles ideales.
- c) El realismo en el lenguaje: aunque a veces el autor peque por exceso, vemos en general que ha logrado armonizar lenguaje y realidad. Así el indio en sus momentos de dolor se expresa por medio de imágenes rudimentarias y circunstanciales, tal como lo hace ante el cadáver de su esposa: "Taitiquitu... Sihunguiticu. Fria! Fria está! Comu barra enseñenada, ciomiu piedra de paramu, comu mortecina nismu" (P. 159).
- d) El valor folklórico y costumbrista. A través de esta novela conocemos la vida de los indios, sus creencias supersticiosas tales como el cuiichli o genio maléfico que surge de los cerros o de las quebradas; el mal del taita diablu colorado.

También encontramos sus medicamentos, brebajes y curaciones supersticiosas, tales como las oraciones para ahuyentar y dominar los demonios o el poner lodo pútrido y telarañas en una herida o dar a beber una toma hecha de orinas de mujer preñada, gotas de llomón y excremento molido de cuy.

Entre sus costumbres atrae en especial por su color local el chasquivay o lamentación de los deudos ante un cadáver y el jachimayshay o costumbre de bañar a los muertos para su viaje eterno; el velorio, en el que asisten todos los amigos y parentes y donde dos indios músicos tocan el piinguillo y el tambor, al ritmo de los cuales el indio grita las excelencias de su mujer, acompañado por un coro de familiares; dicho velorio dura tres días donde el lloco abunda y donde se confunde la feridez del cadáver con el tufo de los borrachos.

A través de las páginas de *Huasipungo* nos enteramos también de las labores cotidianas de los indios; de su vida familiar y de la vida en las pequeñas aldeas en contraposición a la vida de las clases sociales de la ciudad.

En cuanto al valor netamente literario de **Huasipungo**, vemos no un relato sino una novela en la que los protagonistas son más tipos de una comunidad o colectividad que individuos diferenciables, y cuyo argumento es la explotación de una clase humillada por una minoría blanca.

Anotamos que como novela no tiene grandes valores literarios, ya que están limitados por el tema y el carácter mismo de la obra. Al hablar del indio, el autor ha menester de un lenguaje directo, real y sórdido que corresponde al estado de atraso, de explotación y de primitivismo de los indios. Si exaltase o idealizase al elemento indígena caería en la novela indianista, y **Huasipungo** es la novela indigenista por excelencia.

Es cierto que no hay caracteres profundamente delineados ya que la novela es colectiva; no hay una pintura ambiental rica, porque el escritor no se propuso escribir una novela regional o de costumbres.

No hay personajes con un mundo interno rico en conflictos lo que ayuda a la objetividad casi expresionista de la obra en sí.

Vemos sí una despreocupación estilística del autor, quien a menudo cae en un relato monótono y tedioso y en un lenguaje híbrido y prosaico; también echamos de menos el que el autor no haya involucrado en su obra lo legendario y misterioso de la colectividad indígena, de riqueza invaluable.

En esta novela, la naturaleza aparece predominantemente estática, como un telón de fondo a la tragedia del indio, la cual a veces toma carácter dramático cuando aparecen fenómenos naturales como la tempestad, los peligros del páramo y los lodazales asfixiantes.

No encontramos una minuciosidad descriptiva ni una descripción dinámica. Podríamos decir que no hay una tesis explícita pero sí implícita en la presentación realista del drama indígena, en donde el autor opta por dejar en libertad al lector para conmoverse o permanecer impasible.

No presenta tesis alguna para el mejoramiento del indio, puesto que el autor se limita a la exposición escueta y sin comentario. No es una novela superregionalista en la que domina el paisaje, ni hay el equilibrio neorealista entre el paisaje y el hombre; no es una novela agraria que analice el problema de la tierra y ofrezca soluciones.

Huasipungo es la novela del indio americano que vive en condiciones infrahumanas, cuyas emociones básicas son reprimidas pero que en un momento dado estallan brutalmente bajo un **Ñuconchic** huasipungo que hace temblar las montañas andinas ante la rebelión de los desesperados, quienes mueren ametrallados pero dejan un eco en nuestras conciencias que clama justicia.

Juan Montalvo en alguna ocasión dijo que si su pluma tuviese el don de lágrimas, escribiría un libro titulado **El indio** y haría llorar a todo el mundo.

Jorge Icaza lo ha escrito no para hacernos llorar sino para descubrirnos una realidad que se oculta obstinadamente y en cuya esencia está lo grande de nuestra raza americana.

Pablo González Rodas.

University of Pittsburgh.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. MELENDEZ, CONCHA: **La novela indianista en Hispanoamérica**, Madrid, 1934, p. 14.
 2. ERCILLA, ALONSO: **La araucana**, XVII, II.
 3. MELENDEZ, CONCHA: **op. cit.** p. 26.
 4. RODO, JOSE E.: **Motivos de Proteo**, 1920 II. p. 202. Citado por Meléndez, Concha.
 5. ZUM FELDE, A.: **Indice crítico de la literatura hispanoamericana** V. II. pp. 279-280. México, 1959.
 6. ALEGRIA, FERNANDO: **Breve historia de la novela hispanoamericana** México, 1959, p. 247.
 7. SANCHEZ, LUIS ALBERTO: **Proceso y contenido de la novela hispanoamericana**, Madrid, 1953.
- FERRANDIZ-ALBORZ, FRANCISCO: **El novelista hispanoamericano Jorge Icaza**. Quito, 1961 pp. 28-29.

Todos las citas de la novela corresponden a la edición segunda de **Huasipungo**, Buenos Aires. 1960. Editorial Losada. 198 páginas.

BIBLIOGRAFIA

- ICAZA, JORGE: **Cholos**, Quito, Editorial Atahualpa, 1939.
- “ “ **En las calles**: en **Obras escogidas**, México, Aguilar 1961.
- “ “ **El chulilla Romero y Flores**, E. Losada, B. A.
- ALBA, GREGORIO HERNANDEZ DE: “Lo indígena como expresión americana” **América indígena**, IV, July 1944.

- ARCHER, WILLIAM H. and WADE, GERALD E. "The indigenista novel since 1889." *Hispania*, XXIII, August 1950.
- COMETTA MANZONI, AIDA: *El indio en la novela americana*, B. A. Editorial Futuro, S. R. L. 1960.
- GROOKS, ESTER J. "Contemporary Ecuador in the novel and short Story" *Hispania*, XXIII, 1940.
- CROWN, JOHN A. "A critical appraisal of the Contemporary Spanish American novel" *Hispania*, XXXIV 1951, May.
- FRANKLIN, ALBERT B. "La realidad americana en la novela hispanoamericana" *Hispania*, XXII, 1939.
- GARRO, J. EUGENIO: "A través de las novelas de Jorge Icaza" *Revista Hispánica Moderna*, XII, 1946.
- GARRO, J. EUGENIO: "Jorge Icaza: vida y obra" *Revista Hispánica Moderna*, XII, Julio 1947.
- LONDON, GARDINER H. "Quichua words in Icazás *Huasipungo*" *Hispania*, XXXV, 1952.
- UZCATEGUI, E. "Ecuador's novels and novelists" *Americas*, XVI, May, 1964.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL